

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, el PADRE ANTONIO.

DOÑA IRENE. (Dando rienda suelta á una emocion comprimida hasta entónces.)—¡ Padre! ¡ Padre Antonio!

EL PADRE.—Aquí me teneis.

DOÑA IRENE.—¿ Dónde queda Laura?

EL PADRE.—Queda con Juanilla.

DOÑA IRENE. (Cierra la puerta del estrado.)—Bien está. Os tengo que hablar á solas. No quiero que nadie nos escuche. No quiero que nadie nos interrumpa. Siento un peso que me aprieta el corazon. Por mi soberbia desmedida... por mi orgullo... he pecado. Padre... he pecado, y hoy me arrepiento, cuando quizá sea estéril el arrepentimiento, cuando quizá nada pueda remediarse. Oídme. Yo debí revelároslo ántes. Perdonadme, aconsejadme, si aún es tiempo.

(Doña Irene hace demostracion de querer arrojarse delante del Padre; le toma la mano y se la besa.)

EL PADRE.—¿Qué haceis, señora? ¿Qué agitacion es la vuestra? Sosegaos, y hablad con serenidad.

(Lleva á doña Irene á un sillón y hace que se siente, sentándose luégo á su lado.)

DOÑA IRENE.—¿Sabeis quién es el seductor de Laura? Yo lo sé y lo he callado. Yo lo sé y no os lo he dicho. Es mi hijo.

EL PADRE.—¿Hablais verdad, señora? ¿No es efecto

de una alucinacion lo que decís? ¿Vuestro hijo no anda errante, proscrito, hace muchos años?

DOÑA IRENE.—Es cierto. Allá en su temprana mocedad fué uno de los más ardientes comuneros. Peleó como valeroso soldado, cuando apénas le apuntaba el bozo, en la toma de Torrelobaton, y en mil encuentros y escaramuzas; se halló en Villalar, donde se salvó por milagro: y apénas reposado de aquella infeliz jornada, acudió á la frontera á defender á España de la invasion francesa. En Pamplona fué amigo y compañero de armas de un hombre extraordinario, el cual, herido al lado de mi hijo, empieza á dar á la cristiandad, y le dará aún, Dios mediante, muchos dias de gloria, convertido de héroe en santo.

EL PADRE.—El ilustre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.—¿Y cómo vuestro hijo no se acogió á indulto, despues de combatir por su rey y por su patria en Navarra?

DOÑA IRENE.—Mi hijo es inflexible en sus ideas, y soberbio además. Por otra parte, siempre ha sido propenso á apasionarse profundamente, y entónces más, porque era muy mozo. En 1521 tenía diez y ocho años. Supo en Navarra que la viuda de Juan de Padilla seguía defendiéndose en Toledo, y acudió á Toledo á ofrecerle su espada. Al lado de aquella denodada mujer estuvo hasta lo último, y con ella se refugió en Portugal. Mi hijo no pudo despues acogerse al perdon general que dió el César. S. M. le honró poniéndole en el número de los exceptuados. Desde entónces anda errante por tierras extrañas.

EL PADRE.—¿Ha osado, con todo, venir hasta aquí?

DOÑA IRENE.—Ha osado, exponiéndose á morir de

10501

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

una sangría suelta, en duro é inmundo calabozo, como el conde de Salvatierra. Sí, Padre, mi hijo don Fernando ha estado dos veces aquí. La segunda vez vió á Laura y se prendó de ella con la vehemencia propia de su condicion. El desamparo en que vivía la gallarda moza, su pobreza y la mala compañía de doña Brianda dieron sér y aliento á los propósitos livianos de mi hijo. Merced á doña Brianda, pronto se le lograron. Pero ¡caso singular! lo que ántes de logrado sólo excitaba en él un sentimiento ruin, despertó despues sentimientos generosos. Movido don Fernando á compasion, realmente enamorado del candor, de la sencillez y hasta del afecto de Laura, quiso consagrar su amor y legitimarle. Entónces me lo reveló todo. Y este es mi pecado, Padre: este es mi pecado, de que tarde me arrepiento. Yo tomé la noble resolucion de mi hijo por raptó de locura. Yo supe que su amada era una vil aventurera. Yo le representé, mil y mil veces, que hasta el pensamiento momentáneo de enlazar su ilustre casa con la de aquella mujer dándole su nombre, era un oprobio para nosotros. D. Fernando no desistió, sin embargo: aplazó su resolucion. Le pedí tiempo, un largo plazo de prueba, y tuvo que otorgármele. Llegaron en esto varios avisos temerosos de que se sospechaba la presencia de mi hijo en Castilla, y de que le podían prender. No tuvo más recurso que irse precipitadamente. Yo le prometí observar si Laura era tal como él la había soñado, ó como yo la suponía. En esta prueba, en este estudio, he estado años con rudo sigilo y con frialdad cruelísima. Os lo confieso: he tenido el mal deseo de que mi suposicion hubiese salido cierta;

pero D. Fernando había adivinado: no le había cegado la pasion: Laura es un ángel. El orgullo de mi heredada nobleza se abate, aunque tarde, y reconoce la razon.

EL PADRE.—Habeis participado á vuestro hijo el buen concepto que al fin teneis de su infeliz amiga.

DOÑA IRENE.—Sí, Padre.

EL PADRE.—¿Y él la ama aún?

DOÑA IRENE.—La ama.

EL PADRE.—¿Ninguna otra pasion ha borrado la impresion de la primera?

DOÑA IRENE.—Ninguna. No conoceis á mi hijo y su extraña pertinacia.

EL PADRE.—Es cierto. Sólo hace seis años que estoy aquí, y cuando vuestro hijo ha estado de oculto, hasta de mí le habeis recatado.

DOÑA IRENE.—Dígoos, pues, que mi hijo no ha tenido, desde que vió á Laura, sino otro amor del que triunfó por amor de ella. Fué este amor dos años há. Viendo que su antiguo amigo Ignacio de Loyola fundaba una Compañía para combatir la pravedad herética, bajo la bandera de Jesus, quiso alistarse en ella. El amor de Laura le retuvo. No ha escrito á Laura, porque la más dura condicion exigida por mí para mi severa prueba, era que no le escribiese. A mí me ha escrito, y yo le he escrito siempre que hemos hallado conducto seguro. Por sus cartas conozco esa faz de su vida. Pensando en que Laura entrase en religion, anheló él seguir á Ignacio. La rebeldía de ese malvado fraile sajón, Martin Lutero, llenaba á D. Fernando de presentimientos sombríos. Temía que por una serie de fatales circunstancias pasase á

los pueblos del septentrion el predominio del mundo; que Dios tal vez lo permitiría para castigo de nuestros pecados; y, á fin de contribuir á evitarlo, soñaba en consagrar su vida á la ciencia, á la predicacion y á la virtud más rígida. El recuerdo de Laura no le dejó seguir por esta pendiente.

EL PADRE.—¿Y cómo es que vuestro hijo no ha procurado jamás volver á la gracia y al servicio del César?

DOÑA IRENE.—Mi hijo es zahareño hasta no poder más. Su esquivéz no tiene ejemplo. Él condena casi todas las empresas y guerras del Emperador. No ve en ellas designio razonable, ni plan ni concierto. Imagina que sólo conducen á que se arruine, se empobrezca y se despueble Castilla. Sin embargo, su generosa sangre y su amor á la tierra donde ha nacido, le llevaron ya en dos ocasiones á pelear bajo las enseñas de Carlos V. Una vez en la Goleta y en Túnez, adonde acudió como capitán de estradiotes, con gente que allegó en Calabria, entre los descendientes de aquellos bravos albaneses y epirotas, que se refugiaron allí cuando murió su glorioso príncipe Scanderbeg. Mandados por mi hijo, se creían mandados por Jorge Castrioto, y pelearon contra Barba-roja, como sus heroicos antepasados contra el sultán Amurates. La segunda vez fué en la expedición á Argel. Allí ha estado mi hijo, sin dar tampoco su nombre. Después de grandes desastres, el Emperador decidió abandonar la empresa. Hernán Cortés, famoso por haber conquistado todo el reino de Nueva-España, pedía que le dejasen allí, prometiendo tomar á Argel; mi hijo, que estaba con él, le hubiera seguido; pero ni el César ni

los de su consejo quisieron poner al Marqués del Valle en ocasión de tanto peligro y tal vez de tanta gloria.

EL PADRE.—¿Y qué es ahora de vuestro hijo?

DOÑA IRENE.—Cansado de su vida aventurera, domado su carácter por el infortunio, ansioso de paz y retiro, ha venido á Valladolid, donde estaba desde hace quince días negociando su perdón. Llegaron aquí Cuéllar y Rivera, supe el propósito que traían del casamiento de Laura, y avisé al punto á mi hijo. Por su contestación y por noticias posteriores, sé que mi hijo debe llegar de un instante á otro.

EL PADRE.—¿Todavía como proscrito?

DOÑA IRENE.—Todavía. Así es que viene con sigilo y extraordinarias precauciones, aquí donde le conocen todos. Ya estará en la quinta que tengo á un tiro de arcabuz de esta población. Desde allí vendrá á pié; entrará por la puerta falsa que da al campo. Le espero con impaciencia. Él tiene llave de la puerta, y sin que nadie le abra llegará á mis brazos dentro de poco, si Dios misericordioso lo permite.

EL PADRE.—Comprendo vuestra agitación. Dios tendrá piedad y os proporcionará esa ventura.

DOÑA IRENE.—¡Ay Padre! ¡Cuán acibarada va á ser! El amor de Laura se ha convertido en terror y en repugnancia hacia mi hijo. Mi hijo hallará, en cambio del amor que desea, á dos hombres ofendidos que han de procurar su muerte.

EL PADRE.—No temáis. No será nada de eso. No consentiremos que nadie se mate. Y en cuanto al terror y repugnancia, creedme, yo llevo muchos años de confesionario y conozco la condición humana. No me

ciega el amor propio de confesor. La repugnancia y el terror que yo he inspirado á Laura, para inducirla á que éntre en religion, se desvanecerán no bien vea á vuestro hijo; se convertirán, á pesar suyo, nuevamente en amor. Por esto repugna, por esto se áterra; porque presente su debilidad ante el hombre de quien se juzga olvidada. Apénas le vuelva á ver, apénas reconozca que él no la olvida, caerá en sus brazos, cediendo á una atraccion irresistible. Lo que importa ahora es legitimar, purificar, santificar este vínculo de amor. ¿Consentís en ello?

DOÑA IRENE.—Sí, Padre. Veo que Dios lo quiere.

EL PADRE.—Dios os ha inspirado que retengáis á Laura en vuestra casa. Es menester que no salga de aquí sino esposa de D. Fernando. Ya amansaremos despues la cólera de Rivera y de Cuéllar.

DOÑA IRENE. (Aplicando el oído hácia un lado del foro, donde habrá una puerta.) — Siento ruido de pasos. Bien me lo decía mi corazon. Él es. Ya llega. ¡Jesus mio, dadme fuerzas para no morir de alegría!

ESCENA V.

DON FERNANDO, DICHOS.

(Aparece D. Fernando por la puerta lateral; viene embozado y al entrar se desemboza. Doña Irene corre hácia él y le abraza.)

DOÑA IRENE.—¡Hijo de mis entrañas!

D. FERNANDO.—¡Madre querida!

DOÑA IRENE. (Señalando al Padre.)—El Padre Antonio, mi más íntimo amigo.

D. FERNANDO. (Se acerca al Padre y le besa la mano.)— Sé cuánto os debo. Vos habeis santificado lo que yo profané. Vuestra virtud y santidad han realzado lo que mis vicios y mi orgullo humillaron y postraron. ¡Dios os lo premie, Padre mio!

DOÑA IRENE.—¿Te ha visto alguien?

D. FERNANDO.—Perez sólo sabe mi llegada. No temais madre. Además, espero mi perdon de un momento á otro. ¡He pedido perdon al César, como si fuera delincuente!

EL PADRE.—El César, hijo mio, es tu rey y señor natural.

D. FERNANDO.—Así será, Padre: pero yo no delinquí defendiendo las libertades de Castilla. Nunca fuí contra el poder legítimo. Nunca quise hacer de las ciudades de mi patria señorías independientes como las de las ciudades italianas. Aún persisto en creer en la justicia y razon de lo que entónces hice, y sin embargo, pido perdon á quien ha dado muerte á los amigos que yo seguí; á Padilla, á Bravo, al obispo Acuña y á tantos otros. Abatido estoy cuando lo hago, y razones poderosas me llevan á hacerlo; pero me duele la humillacion. Por eso pido á Dios que acepte dicha humillacion en descuento de mis culpas. ¿Y Laura? A Laura sí que debo pedir perdon. ¡Cuán cruel he sido!

EL PADRE.—Pronto la verás, y espero que has de lograr que te perdone. Os dejo. Voy á ver de nuevo á Rivera, á aquietarle y á evitar que haga algun acto de violencia con doña Brianda. Nada le descubriré; pero le daré esperanza de que vos, doña Irene, habeis de descubrirselo todo en el dia de mañana. Entre tanto

importa precipitar las cosas á fin de que lleguen á un término contra el cual Rivera no pueda rebelarse y tenga al fin que someterse. Adios. Pronto volveré. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, D. FERNANDO.

DOÑA IRENE.—El deber y la religion han triunfado de mi orgullo. Lo reconozco. Aunque no la amases, deberías una reparacion á Laura. Es una mujer digna de tí. Pura y limpia como el oro, ha salido del ardiente crisol en que mi suspicacia la ha tenido.

D. FERNANDO.—¡Ah, señora! Temo que el fuego de penitencia, en que habeis abrasado su alma, haya evaporado el amor que allí se guardaba para mí: que mi abandono y que mi olvido aparente me hayan hecho aborrecible á sus ojos.

DOÑA IRENE.—No lo permita el cielo, si de eso depende tu dicha.

D. FERNANDO.—De eso depende. Mi amor ha crecido con la ausencia; con las pruebas que por cartas me habeis transmitido de su virtud y de su infortunio. ¿Cuándo podré ver á Laura, madre? ¿Cuándo podré verla?

DOÑA IRENE.—En el instante. Laura se abriga bajo este mismo techo desde hace poco. Vendrá en cuanto

la llame. (Doña Irene se asoma á la puerta y llama.) ¡Laura! ¡Laura!

D. FERNANDO.—¿No os burlais de mí? ¿Va acudir á vuestra voz?

DOÑA IRENE.—Sí; va á acudir. Ya viene. Es menester que la veas y hables á solas. Yo me retiro. (Vase doña Irene con precipitacion por una puerta lateral.)

ESCENA VI.

LAURA, D. FERNANDO.

LAURA. (Entrando rápidamente y sin reparar en D. Fernando.)—¿Qué mandais, señora?

D. FERNANDO.—¡Cuán bella está!

LAURA. (Advirtiendo la presencia de D. Fernando.)—¡Jesus me valga! ¿No es ilusion de mis sentidos? ¿No es el infierno que desea engañarme otra vez? ¿Ha toniado cuerpo algun ensueño impuro de mi fantasía? ¡Salvadme, Virgen Santísima! (Laura quiere huir. D. Fernando la detiene, asiéndola de la mano.)

D. FERNANDO.—No soy sombra vana, Laura. Soy tu amigo, tu duro perseguidor. Vuelvo arrepentido á tus piés. ¡Perdóname! No lo merezco; pero tú eres buena... tú eres santa... ¡Perdóname! (Cae de rodillas á los piés de Laura.)

LAURA.—¿Qué haceis? Alzaos. Yo no tengo poder ni autoridad para perdonar á nadie. Mis culpas son gravísimas. Yo tambien necesito perdon. Dejadme.

No distraigais mi alma del camino de la penitencia que sigue hace tiempo.

D. FERNANDO.—Harto seguiste ya, Laura mía, ese áspero camino. Justo es que se trueque en felicidad tu congoja, Yo te amo. Perdóname. Ámame. Así serás mía y seré tuyo para siempre.

LAURA.—Delirais, señor. ¿Venís á conturbar mi espíritu con tardías ilusiones? Yo no puedo ser ya sino de Dios. Huid. Que no sepan que estais aquí. No hay ya reparacion posible. Mi hermano os matará; y si él muere á vuestras manos os matará Cuéllar.

D. FERNANDO.—Tu hermano me perdonará no bien tú me perdones. Ámame; perdóname, y no temas.

LAURA.—Vuestro abandono, vuestro olvido hubieran trocado mi amor en odio, si el odio pudiera albergarse en un corazón cristiano. Cuando estábais lejos de mí, temblaba yo de odiaros, porque mi odio era falta de caridad: hoy tiemblo de no odiaros, hoy quisiera odiaros, porque sin la defensa del odio, temo volver al amor. Tened compasion de mí. Dejadme. Ya me he dado á Dios. No me robeis á Dios con mano sacrílega.

D. FERNANDO.—Laura mía; sí, tú me amas, á pesar de mis maldades. No me lo ocultes. No trates de sofocar por más tiempo una pasion que se purificará ante el altar de Dios vivo.

LAURA.—¿Qué os he hecho para que así os burleis de esta mujer desgraciada? Mi resignacion era grande; mi resolucion firme; mi vocacion me parecía completa. ¿Por qué venís á destruir todo esto? ¿Por qué derribar de un soplo el edificio levantado trabajosa y lentamente? ¿Por qué romper con el conjuro de una

palabra mágica el simulacro de bienandanza que de mi dolor ha nacido? Con el riego de mis lágrimas han brotado, como ramo de flores, las esperanzas celestiales, que deben perfumar con su aroma mi religioso retiro. No arranqueis esas flores de mi lastimado pecho.

D. FERNANDO.—Lo que yo quiero, dueño mio, es que tus celestiales esperanzas se logren ya en la tierra, y se lograrán si me amas. Ya no me apartaré nunca de tu lado. Amame.

LAURA.—Eres cruel. Me robas la paz del alma. Dios me había recibido por suya y tú me obligas á que le deje. Me fascinas: no acierto á resistirte. La poderosa fuerza con que penetra de nuevo tu amor en todo mi sér, es tal vez para mi perdicion; pero es inútil luchar contra tí. Los ángeles me abandonan. Te amo.

D. FERNANDO. (Abrazando á Laura.)—¡Encanto mio!

DOÑA IRENE. (Entrando y estrechando á Laura y á D. Fernando.)—¡Hijos! El cielo os bendiga. ¡Y creía ella... y decía que no le amaba ya!

